

# LA MONARQUÍA

DIARIO POLITICO

PRECIOS DE SUSCRICION

AÑO IV  
En Ferrol, un mes, una peseta.—Provincias, trimestre, cuatro pesetas.—Ultramar y extranjero, trimestre, nueve pesetas.  
La correspondencia se dirigirá al Director del periódico.  
No se devuelven originales.

REDACCION Y ADMINISTRACION: MAGDALENA, 190

EL FERROL: Viernes 7 de Junio de 1889

ANUNCIOS

La línea de una columna en la cuarta plana, cinco céntimos de peseta.—La de dos columnas doce céntimos.—En la tercera plana pagarán el doble.—A los suscritores se les hace una rebaja de un veinticinco por cien.—Comunicados á precios convencionales.

NUM. 74

## UN VECINO QUE SE DISTINGUE

Aunque se nos tome á mal, la verdad es que poco tiene que agradecer el Sr. Lopez Pardo á *El Correo Gallego*. Cuando todo el mundo (es decir, todo el mundo ferrolano) está entusiasmado por las brillantes gestiones que nuestro ilustrado vecino lleva á cabo en Madrid; cuando acaba de tener lugar eso del banquete á toda la colonia gallega; y cuando nosotros mismos, que somos refractarios á desperdigar el elogio, nos hemos sentido sobrecogidos y hemos dedicado más de una línea al aplauso con el calor de las circunstancias; cuando *La Democracia* misma que está á tanta distancia, políticamente hablando, de D. Gumersindo no pudo por menos de asociarse á estas corrientes de júbilo; cuando los vecinos andan con cara de risa y hasta la respetable hermandad de Nuestra Señora de las Angustias creemos que hará una novena ó por lo menos un setenario para que Dios conduzca en paz al ausente á sus patrios lares, *El Correo Gallego* sólo, es el único que no se siente invadido de esa fiebre del cariño, y se limita á consignar en abreviado y conciso lenguaje telegráfico las mercedes que se nos van otorgando por aquel que todo lo puede. Si no fuese la prensa de Madrid medrados estábamos: ya podría el Sr. Lopez descargar sobre este pueblo todos los dones de su munificencia y todos los efluvios de su protectorado, que nosotros no sabríamos una palabra con latitud, con esa latitud tan necesaria cuando andamos tan ansiosos de pormenores. *El Correo Gallego* nos había dicho que D. Gumersindo había comido; pero el tunante periódico con ese desdén especial que siente siempre por el que se eleva, no nos había dicho que había también brindado: se concretó á decir que Ferrol estuviera bien representado en los brindis. Pues bien: ahora sabemos que el Sr. Pardo brindó, y no fué su brindis una *causerie* seguramente, como de la otra vez, porque en la mesa de Madrid se trataron asuntos muy peliagudos y los brindis también debieron ser de mucho tupé.

*El Correo Gallego* nos había dicho, es cierto, que el Sr. Lopez había comido; pero con ese afán perenne, que forma su escuela, de restar méritos, no nos había dicho quién había pagado. Felizmente estamos aquí nosotros para no consentir que se oscurezcan los méritos de las personas y para evitar que *El Correo* sólo color de amistad con D. Gumersindo le dispute y le disminuya derechos al respeto popular.

Conste que D. Gumersindo fué el anfitrión.

Bien claro lo dice *El Globo*: «Invitados por el distinguido é ilustrado notario del Ferrol Sr. D. Gumersindo Lopez Pardo, reuniéronse ayer en el restaurant de Los dos Cisnes varios senadores, diputados, comerciantes, industriales y escritores gallegos, juntamente con los representantes que, para tratar asuntos del notariado y de los correos de las Antillas han venido hace poco de la Coruña.»

Ya lo ven nuestros lectores: D. Gumersindo fué el que pagó pues es de suponer que haciendo él las invitaciones no habrá pagado otro.

El bien hubiese podido reunir en torno á sí á toda esa pléyade de notables sin gastar un céntimo, pero conocedor de las cosas de la vida y espíritu práctico, supuso que comiendo se orillarían mejor las dificultades, se removerían más sencillamente los obstáculos, y su gestión patriótica marcharía por vías más francas. Es decir, que en obsequio nuestro, no compromete solamente su tranquilidad, sino su dinero; no nos ofrece su persona sino también su bolsillo.

¿Qué menos le habrá costado el banquete en *Los Cisnes* que diez mil reales, sin contar algún sablazo—que todo cabe en lo posible—que hayan podido darle á los postres? ¿Qué menos habrá gastado que otros diez mil reales entre viajes, telegramas á la prensa, reclamos á los periódicos, puros en las oficinas, refrescos á los periodistas, y demás? De modo que ahí se ve bien claro, y es un necio el que no lo confiese, la dosis de afecto que le merecemos los ferrolanos cuando por servirnos así se sacrifica.

No faltará, no, algún espíritu suspicaz que diga que con mil pesos dispuestos á tirar, él haría lo propio. ¡Cál!

No faltará quien suponga que pagando

un banquete también él se rodea de diputados y de senadores. ¡Disparate é ignorancia! ¡Creen esos que así opinan que los senadores acuden tan fácilmente á la mesa del primero que se proponga convidarlos? Pues ¡hombrel ni que fueran zacatecas.

Mucho, muchísimo debe el pueblo del Ferrol á las bondades del señor Lopez Pardo, bondades impagables, por que cierto género de servicios no se pagan con nada. Esos actos así espontáneos, que no brotan de un cálculo sino del corazón benévolo; que no son resultado de una fórmula más ó menos política ó sustanciosa, sino hijos de un carácter generoso, son actos que exceden á todo lo previsto. Por un momento—and ahora nos ruborizamos de hacer esta confesión—habíamos creído, juzgando con esta malicia propia que inspiran las acciones humanas, que la gestión de don Gumersindo no estaba exenta de cierto interés, de cierta vanidad: suponíamos si aspiraría al puesto de Hermano Mayor de Nuestra Señora de las Angustias; pero nos arrepentimos de haber abrigado tan poco nobles ideas.

No, el distinguido vecino no es de esos que se agitan y luchan por frívolos dones; no es de los que hacen ruido para hacer méritos; no es de los que vuelven la hoja después de conseguidos sus planes, y de lo cual tenemos algún ejemplo. Por eso nos chocea que *El Correo Gallego* esté tan frío, tan poco insinuante, tan comedido en el elogio. Corrija se el colega, y que no se diga; únase á nosotros y vamos á conseguir un honor nunca otorgado, un honor que el señor Lopez será el primero en disfrutar, reservando, por supuesto, la cosa hasta que sea hora. Vamos á pedir un honor sencillo, candoroso, de poca importancia para el hombre que tanto nos distingue; pero que ese honor sea á sus ojos un testimonio de afecto de una prensa agradecida.

¿Qué le parece al colega si solicitásemos del Papa, que permita que el señor Lopez celebre dos veces en el año su día? Verdad que eso aun nadie lo ha disfrutado? ¡Y qué honor para nosotros cuando el señor Pardo dijera llenó de legítimo orgullo: «gracias al *Correo Gallego* tengo dos fechas onomásticas: San Gumersindo y San Primo, virgen y mártir!»

## BOLETIN HIGIENICO

Comer y digerir plácidamente, es una felicidad excesiva, de la cual no disfrutan todos.

El que halla mayor goce en los placeres gastronómicos, sufre por lo general rudos tormentos, cuando llega la hora de asimilar los manjares que con tanta satisfacción engulló.

Comer mucho, es un problema resuelto; hay quien digiere alimentos de un modo exorbitantes y una vez ahito, los devuelve para entregarse de nuevo al sibarismo de la gustación. Digerir la comida, es dificultad infranqueable para los que no tienen la virtud llamada sobriedad.

La generación presente come mal y digiere peor. Antes era posible distinguir al gastrónomo del gloton. El placer consistía en la gustación de manjares delicados y la cantidad nada significaba.

Hoy, los adelantos culinarios se encuentran en plena época sofisticadora y los verdaderos gastrónomos abundan poco. Búscase la variedad, pero al mismo tiempo se procura cantidad de manjares suficientes para henchir completamente el estómago.

La indigestión es una enfermedad social. La dispepsia se halla generalizada entre las clases pudientes.

La úlcera y el cáncer del estómago son afecciones muy comunes.

Comer para vivir, parece lo más racional y, sin embargo, muchos creen que es análogo á llevar la más mísera de las existencias.

El verdadero centro de vidasecoloca hoy en el estómago, el cerebro solo sirve para elucubrar el modo de procurar la pitanza.

No es una exageración: hay quien hace partir del estómago la última razón y motivo de todos sus actos.

La lucha por la existencia se ha convertido en riña continua por comer más y mejor.

Sin duda alguna es muy importante el pan nuestro cotidiano, mas no tanto que se llegue al extremo de preguntarse unos á

otros á guisa de salutación: «¿ha comido usted?»

Sin comer no es posible la vida, pero no extriva exclusivamente en la deglución de alimentos, el único objeto que cumple el hombre sobre la tierra.

Es verdad, que para hallar al hombre en aptitud para fraternizar y capaz de los conciliadores sentimientos, hay que congregarlo alrededor de la mesa de un banquete. Allí solo respira paz y concordia; todos comen y únicamente refunfuñan los perros, si no les arrojan un hueso á su debido tiempo. Si á la comida no acompaña la bebida jamás se turbará la calma de un saturnal.

Adviértase, empero, que aquella atectada quietud, es hija del má refinado de los egoísmos. El hombre pierde sus instintos dañinos, porque se halla completamente abstraído en la contemplación del yo.

Las enfermedades del estómago, como hemos dicho, se hallan en auge; por efecto de la glotonería, en primer lugar, y á causa de las satisfacciones, en segundo.

La metodización de las comidas es una regla de Higiene que nunca debe olvidarse. Multiplicarlas es equivalente á no tener digestión completa y solo debe permitirse á los enfermos.

Tres veces al día, almuerzo, comida y cena, son suficientes para una nutrición completa.

El almuerzo debe ser ligero y no efectuarse inmediatamente después de salir de la cama.

La comida nutritiva y abundante. Procúrese que los manjares sutran la menor elaboración culinaria posible, y prescribánsese los condimentos excitantes en demasía.

La cena, parca; próxima la hora del descanso no es conveniente dormir con el estómago ocupado.

Esta cuestión admite, no obstante, diversos pareceres. Hay quien afirma que el reposo facilita la digestión, y otros, por el contrario, creen que la actividad física es un buen estomacal. Nuestro parecer queda dicho.

Es conocida la regla higiénica que prescribe no agotar nunca el apetito, la saciedad es casi un síntoma patológico.

La falta de método y el exceso producen disminución de las ganas de comer. El estómago, fatigado por la actividad anormal que debió sobrellevar, no admite nuevos alimentos, cuya sola vista repugnan. Un ligero catarro gástrico se presenta, y la dieta gran remedio para las afecciones estomacales, se hace precisa.

Es una enfermedad muy común, hasta el punto de ser casi habitual en muchas personas, que pasan su vida entre indigestión é inapetencia. De ella surgen otras de mayor gravedad.

Los enfermos del aparato gástrico se hacen notar por su caprichosa indocilidad. Como el tratamiento de sus dolencias requieren por la regular un sistema severo, y ellos nunca creyeron en el poder del método sobre cuestiones de estómago, no tienen la suficiente fuerza de voluntad para someterse y cometen continuamente transgresiones, dificultando la curación.

Es muy común la idea de que para comer se requiere exclusivamente apetito determinado, por tal ó cual alimento, y lo que no agrada al paladar debe proscribirse. De este modo se subordina completamente á las sensibilidades del sugeto la necesidad racional.

Si la gustación se hallase bien educada, es, decir, si se prefiriere siempre lo fácilmente digerible á lo indigesto, realmente pudieran seguirse las indicaciones de la sensibilidad gustativa; pero como acostumbra á suceder todo lo contrario, es indispensable practicar lo que nos permitiremos llamar alimentación forzada, por más que con este nombre se designe el acto de hacer tragar á la fuerza, obligando materialmente á los enfermos.

Comer lo que no gusta, es hacerse fuerza á sí propio.

Por lo regular, las personas que sufren del estómago, especialmente los gastrálgicos, suelen tener pasión por determinadas sustancias y, no obstante, los tormentos que les causan, caen con frecuencia en la tentación de probar lo que para ellos debiera ser fruta prohibida.

Terminaremos estas consideramos con

una afirmación. Los buenos efectos de la vida del campo, en los habitantes de las ciudades, suelen estribar únicamente en la mayor sencillez y bondad de los alimentos.

ADOLFO DE CASTRO.

## Un rato á crítica

### OTOÑALES

Aureliano J. Pereira es un buen periodista gallego, discreto escritor, hijo amante del país y fácil orador. En su palabra, que hemos tenido el gusto varias veces de escuchar y de aplaudir, vibra el fuego de un entero carácter; su dicción es correcta y la intención acerada. En su conciencia, cuando perora, late Galicia, á la que hace objeto de predilección especial. Es decir que Aureliano J. Pereira tiene timbres sobrados para ser un gallego de primera fila, sin recurrir para ello al campo de las musas, á donde recurre hoy en un diminuto libro de versos que, con el título de *Otoñales* viene de dar á la estampa, siguiendo esa moda y rindiendo culto á esa verdadera fiebre poética que ha invadido este rincón de España.

Sentimos hondamente que un talento tan claro como el de nuestro amigo Aureliano contribuya á esparcir y propagandizar ese padecimiento que, como el gorgojo, en el trigo, y como en la vida la filoxera es una excrecencia que nos ha salido y que amenaza no dejarnos tan pronto. Pero ya que le dió por ahí y que ha sido galante en mandarnos su libro, hasta con dedicatoria inmerecida y todo, veamos bien hecho lo hecho, y dediquemos cuatro palabras á ese pequeño tomito que el autor dedica á otro poeta regional laureado, y de los que ocupan uno de los puestos en el escalafón del Pindo: el Sr. Novo y García.

Comprenderá Pereira que habiendo sido lo suficientemente osados é irrespetuosos para tratar severamente al Sr. Novo, con ocasión de su *Romancero*; y bastante independientes para no dejarnos arrastrar por esa avalancha de popularidad que envuelve el nombre de otro hijo de las musas, el Sr. Curros; y bastante jatrépidos para llegar á arremeter con la flor de nuestros valles la Sra. Bazán; y bastante dejados de la mano de Dios para ponerle un par de moscas al Gran Murguía, el regionalista al puré de patata; y bastante incautos para preocuparnos de las oquedades del autor de *Fogueles*, y de las inocencias rimadas del pontevedrés de *Petra entre seixos*; comprenderá Pereira, repetimos, que habiendo encumbrado nuestra irreverencia hasta el punto de disputarle mérito al autor de *Volvoresas*, que en este momento no recordamos como se llama, y á hombrearos con *Losada*, que en nuestro concepto humilde es el hombre *d'élite* de la región en estos achaques de renglones chicos; comprenderá Pereira, volvemos á repetir por segunda vez (recomendándole aliento para leer este párrafo) que su tomito, ni aun con la picardía con que se nos presenta, haciéndose el pequeño, va á pasar sin su gota de limón y sin su pedacito correspondiente de claro-oscuro, todo ello, por supuesto, contando de antemano con que el Sr. Pereira no tendrá uno de esos geniazos atrabiliarios que le induzcan á enviar padrinos á sus críticos, ni una vanidad ciega que se encaramen por encima del sentido común y le ofusque, cosas ambas que aunque parece que no abundan, abundan más de lo que fuera menester.

Nos encontramos en primer lugar con el título de la obra: *Otoñales*. Cuando el amigo Pereira escribió ese título él sabrá por que lo hizo; pero no es menos cierto que nosotros, en nuestra torpeza, no sabemos lo que significa. Victorio Novo escribió el *Romancero*, y eso quiere decir que su libro es una colección de romances; *Volvoresas*, del otro, quiere decir que en el tomo hay una colección de pensamientos pintados y transparentes como las alas de la mariposa, el autor así lo cree al menos; *Fogueles* obedece en su título á la creencia de su autor de que va á hacer mucho ruido, aunque luego sus cobetes resulten moiaidos; *Petra entre seixos*, no es un título, es una lisonja á un hombre político, es una confesión de modestia... pero *Otoñales*: ¿qué es? ¿con qué se come?... ¿Manifiesta eso que los versos que van dentro han sido escritas por ventura en Otoño? ¿querrá decir que esas composiciones van animadas del sello de tristeza que caracteriza á la estación en que caen las hojas de los árboles? ¿significará que la pluma que les dió forma vive en el Otoño de la vida? ¿dará á entender eso de *Otoñales* que se trata de cosas inherentes al Otoño, así como las *Orientales* hablan de cosas del Oriente?

Ni en el prólogo, ni en la dedicatoria, ni en el texto vemos justificado el título, pues el libro lejos de referirse al Otoño en ninguna de sus acepciones, no habla de él ni media palabra. Si el libro fuese batizado con el nombre de *Horas perdidas*, ó con el de *Asuntos particulares*, ó con el de *Negocios íntimos*, ó con el de *Un candor más*, eso tendría su explicación.

Y dicho lo dicho, entraremos en harina. ¿Es poeta Pereira? Felizmente, no tiene él demasiado sentido práctico. Podrá ser un versificador más ó menos apreciable, un rimador de más ó menos gusto, un español que zurce cuatro co-





